

La juventud romana en torno a Catilina

Por SANTIAGO MONTERO DIAZ

1. *El estado universal romano.*

Al comenzar la segunda guerra púnica, el estratega Agelao advertía a Filipo V de Macedonia que aquel conflicto no podría considerarse como una guerra local. En pleno año 217, con motivo del Congreso de Naupacta, Agelao se expresó de la siguiente manera: "No habrá ninguno, por medianamente instruido que se halle en la ciencia del gobierno, que no advierta que los vencedores, bien sean romanos, bien sean cartagineses, jamás se contendrán dentro de la Italia y la Sicilia, sino que extenderán y alargarán sus miras más allá de lo justo... Volved los ojos al Occidente y considerad la guerra que abrasa la Italia; que como esperéis con cuidado la ocasión, ella os abrirá camino para el Imperio del Universo, pensamiento nada extraño en las actuales circunstancias" (1).

Roma, vencedora de Cartago, hubo de enfrentarse con Macedonia y las restantes potencias helenísticas (2). El mundo mediterráneo cayó bajo el directo dominio de Roma, o bajo un régimen de "protección" armada, intervención o tutela. Toda una serie de victorias espectaculares consagran la hegemonía romana en el Mediterráneo oriental: Cinoscéfalos (197), Magnesia del Sipylos (189), Pydna (168) y la

NOTA PREVIA.—Este trabajo resume el curso monográfico explicado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, durante el segundo cuatrimestre del año académico 1949-1950. Publícase hoy, por primera vez, tal como entonces redacté aquel resumen, y según circuló entre los alumnos. El texto no

ha experimentado modificación alguna, manteniéndose la redacción de 1950 en su integridad. Se han ampliado ligeramente las notas.

(1) S. MONTERO DIAZ, *De Calicles a Trajano*. Madrid. Inst. Estudios Políticos, 1948, págs. 58-59.

(2) IDEM, *idem*, págs. 69-86.

toma de Corinto, con el aplastamiento final de las libertades griegas (146). La destrucción de Cartago (146), como la de Numancia (133), tienen análogo significado para el Mediterráneo occidental: La sumisión al poder incontrastable de la República romana.

Así, pues, desde mediados del siglo II, Roma se constituye en la potencia decisiva del mundo mediterráneo, y el Senado en el árbitro de sus destinos. Pero la constitución romana resultaba insuficiente para resolver las novedades, los problemas y contradicciones que aquel mundo presentaba. Resultaba incluso anticuada y tosca para regir su propia evolución, su propio desarrollo interno, social y político. Roma no era ya un estado, entre otros, para participar en el juego político o una pieza más en el equilibrio mundial. Era, por el contrario, el centro responsable y rector de aquel *orbis terrarum*. Con toda exactitud pudo escribir Jacobo Burckhardt: "Antes de que empezasen las revoluciones, Roma era ya un Imperio universal. (3).

El estado romano habría de ensayar, con toda urgencia, a la vez que su propio reajuste, la elaboración de una fórmula para la reorganización del mundo conquistado: "Si la constitución no era más que un cadáver, el Imperio nacido de la conquista, de una realidad perfectamente viva, querrá vivir. El régimen de la ciudad antigua, tal como lo había practicado la oligarquía del siglo II, con sus anticuados principios, sus estrechos marcos y sus medios administrativos embrionarios, no había sabido operar en sí mismo las reformas indispensables. La concesión del derecho de ciudadanía a toda Italia, la importancia creciente del papel de las provincias, el mundo que defender y que gobernar, exigían imperiosamente la adopción de una nueva fórmula constitucional más amplia, más comprensiva, más fecunda: La del estado" (4).

Tal necesidad estaba ya planteada desde los tiempos en que Antioco III era vencido en Magnesia de Sypilos, y Roma tenía *de facto* la dirección política del Mediterráneo. El desequilibrio entre la vieja fórmula constitucional y las nuevas realidades era insostenible. Pronto los mejores espíritus romanos percibieron el problema y la necesidad de una urgente solución.

Esa solución no podía ser otra que una revisión del estado social de Italia: Reconstrucción de la clase media, estabilización de pequeños propietarios, reducción de los latifundios. Y al mismo tiempo simplificación del viejo y complicado mecanismo constitucional. Solamente mediante esa revisión Roma podría hacer frente al gobierno de Italia y a la nueva ordenación del mundo.

(3) J. BURCKHARDT, *Reflexiones sobre la Historia Universal*, Méjico, FCE, 1943, página 191.

(4) L. HOMO, *Las instituciones políticas romanas*, Barcelona, Cervantes, 1928, páginas 217-218.

De ahí que el siglo II haya presenciado un amplio movimiento social, de generoso ímpetu reformador, cuya cima más alta está ocupada por los Gracos. Pero frente a ese movimiento —popular y tribunicio— se alza, áspera e intransigente, la vieja oligarquía.

La oligarquía romana se opondrá por todos los medios a la revisión de la estructura social. Su empeño será defender a todo trance los antiguos organismos y las fórmulas seculares, así como la situación social estratificada en clases y categorías tradicionales.

No serán, sin embargo, los tribunos y jefes populares los únicos que comprendan la necesidad de revisar las viejas fórmulas. También los caudillos militares —por muy distintas razones— perciben la insuficiencia del antiguo régimen. Los vencedores de Cartago y Macedonia, de Siria y de Corinto, han vivido experiencias nuevas, han percibido la unidad económica y social del mundo, y comprenden que la nueva tarea de gobierno impuesta por la conquista exige también nuevos estilos.

2. *El poder personal.*

Estos jefes militares, en contacto con los esquemas orientales, comenzaron a meditar sobre el modelo monárquico. En un primer momento, se trató de una recepción meramente psicológica de la monarquía oriental. La figura de Alejandro, rebosante de sugestión, atrayente y profunda, se alzaba ante los conquistadores romanos. En Alejandro se simbolizaba la plenitud del poder, pero también la sencillez, la unificación de los mandos, la eficacia.

Ya Publio Cornelio Escipión, escrupuloso en su respeto a la legalidad, se presentaba ante sus compatriotas rodeado de un prestigio religioso. Rechazaba todo título de realeza o todo homenaje personal contrario a las leyes, pero afirmaba que tenía alma de rey. Sus visiones, sus contactos misteriosos con Júpiter, contienen —en las postrimerías del siglo III— todo un anticipo de la futura divinización de los césares (5). Es el despuntar de un sentimiento jerárquico que todavía no se manifiesta como ansia de poder, ni toma —lejos de ello— la forma de una agresión armada a la constitución.

Este sentimiento se acentúa a lo largo del siglo II, con muy distintos matices: En Tito Quincio Flaminio (6), avidez de poder y distinciones; en Paulo Emilio (7), rígido y estricto sentido de la autoridad; en Mario, el primer choque militar con la legalidad.

(5) Cf. ETTORE PAIS, *Des origines a l'achèvement de la conquête*. París. Les presses Universitaires, 1926, 440-442.

(6) PLUTARCO, *T. Quincio Flaminio*, XX.

(7) PLUTARCO, *Paulo Emilio*, X-XI.

La autoridad militar, entre Escipión y Mario ha ido tomando conciencia de los nuevos problemas. La complicación del mundo provincial, la actividad de los enemigos vigilantes más allá de los límites imperiales, la inquietud interior: Todo ello requiere una mayor unidad de mandos, rapidez ejecutiva, poder personal.

La idea del poder personal, autoritario e indiscutido, se desarrolla en la tradición militar romana muy lentamente, por imposición de las circunstancias. Nace con los sueños de Escipión, se despereza en la gestión de Flaminio y Paulo Emilio, y da su primer paso *político* en el genio arrollador de Cayo Mario.

En esta gran figura hay que articular la historia del ejército romano, y en buena parte también la historia política de Roma. Sus éxitos militares contra Yugurta, los cimbrós y los teutones, agigantan su prestigio. Reelegido constantemente al consulado, su poder se afianza. Autoridad militar y política se funden en él de modo insólito. Supone grave novedad en la historia constitucional romana el hecho de que un gran político sea reelegido tres veces seguidas al consulado. Mario funde sus deberes militares con sus ideas políticas, en una extraña unidad entonces desusada.

Pero sobre todo ello, Mario pasa a la historia de Roma por su reorganización del ejército. Unificación de táctica, de armamentos y de mandos; recluta proletaria y popular; ejército permanente: con tales rasgos la autoridad del *imperator* comenzaba a ser ya, visiblemente, autoridad política. Mario había creado el instrumento del cesarismo.

El ejército de Mario no fué utilizado por su propio forjador. Mario fué un sincero demócrata, cuyas ideas y leyes quedan en la línea de los Gracos. Entre su obra militar y política hay profunda penetración. No obstante, Mario no llegó a percibir la posibilidad de fundir jerarquía militar y política, garantizando la revolución con la espada. Había creado un ejército popular y luchó por un estado igualmente popular. Le faltó, sin embargo, un esquema amplio y organizado para sustituir la antigua constitución. Encontró, además, formidables resistencias en el bloque conservador, en la clase patricia y en su adversario Sila. De ahí que Mario, a quien se debe el instrumento del poder personal, no llegó en realidad a ejercerlo, sustituyendo con una nueva legalidad autoritaria la vieja estructura del Estado.

Sin él, no hubiera sido posible el cesarismo. Pero Mario no quiso o no pudo ser el primero de los césares. Ni siquiera buscó una fórmula transicional, a través de la cual el cesarismo se vislumbrase. Ejerció espontánea y esporádicamente el poder personal, pero no le dió forma estable y política.

Le dió, eso sí, los instrumentos irresistibles de la victoria; ejército permanente y contenido popular (8).

Pero al mismo tiempo que la necesidad del poder personal se evidenciaba a los grandes jefes militares, iba también dibujándose como una meta apetecida e insoslayable en la tradición tribunicia y revolucionaria. Cayo Flamínio, designado tribuno en 232, propugna a todo trance el robustecimiento de la pequeña propiedad y el campesinado. Flamínio mantiene —como Escipión el Africano— su política en la más estricta legalidad. No obstante, su tesón, su tenaz insistencia y la energía con que actúa ante el Senado preludian ya el ímpetu que más adelante tomará el movimiento popular (9).

Este ímpetu culmina en Tiberio y Cayo Graco. Los Gracos luchan abiertamente contra la aristocracia y los latifundios. En su lucha toman conciencia de oposición revolucionaria a la constitución. Ante ellos se dibuja con toda claridad el camino de la reforma violenta, y como meta el poder personal (10). Por graves que pudieran ser las infracciones constitucionales de Tiberio y Cayo Graco, mayor fué la ilegalidad de la represión emprendida por la clase ecuestre.

De un modo u otro, la constitución romana tradicional se agrietaba con motivo de las luchas sociales, y el período tribunicio de Tiberio (134-133) y de Cayo Graco (123-121) delata la insuficiencia del viejo engranaje ante los problemas sociales. El tribunado de Livio Druso prolonga esta tensión, y su asesinato el año 91 preludia ya la guerra itálica.

El programa de la reforma se reduce a unos cuantos postulados fundamentales: fomento de la pequeña propiedad, fundación de colonias, reparto de lotes de tierra, asentamiento de los soldados, extensión del derecho de ciudadanía, alivio de los deudores, distribución de una parte del *ager publicus* en ciertas provincias, suministro de trigo, reducción de las cargas que pesaban sobre el soldado.

Tribunos y jefes populares habían luchado durante más de cien años por estos objetivos. La necesidad de una reforma del régimen se había convertido en irrefutable evidencia. La lucha, en su creciente intensidad, había llegado a dibujar la idea del poder personal como una aspiración democrática.

Hay un momento en que ambas tradiciones —la del jefe militar y la del caudillo revolucionario— incorporan la misma aspiración: simplificación del aparato constitucional, reducción del poder a un

(8) J. KROMAYER, *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer*, Munich, Beck, 1928.

(9) L. HOMO, *ob. cit.*, págs. 94-97.

(10) PLUTARCO, *Cayo Graco*, VI (Ya Ju-

les Lemaitre había considerado el gobierno de Cayo como un anticipo del *cesarismo*; cf. CARCOPINO, *Des Gracques a Sulla*, París, Presses Univ., 1940, p. 273).

mando personal y eficaz. En rigor, la interferencia de ambas líneas es constante, y no puede trazarse su deslinde con carácter absoluto. Los jefes populares —como Flaminio o los Gracos—, son también caudillos militares, y los grandes generales —como Escipión o Mario— anhelan la reforma social.

Al hablar de dos líneas —la militar y la tribunicia— nos referimos al hecho de que en una de ellas predomina el político sobre el militar (caso de Tiberio Graco), y en la otra el militar sobre el político (Escipión o Flaminio). Ambas se funden en Cayo Mario. A Mario llega con igual violencia la tradición guerrera y la ideología revolucionaria. Llega, pues, por vía doble la idea del poder personal. Como caudillo militar y como jefe democrático Mario acomete reformas decisivas, y hace sentir el peso de su voluntad. No llega a elaborar una nueva constitución, pero asienta las bases necesarias para que la fórmula renovadora pueda producirse. Después de la obra de Mario, no es ya posible volver atrás. La normalidad constitucional oligárquica no será jamás restablecida. El camino para una revisión del estado queda abierto.

3. *La obra de Sila.*

El gran instrumento creado por Mario fué utilizado con excepcional genio político por su rival, Lucio Cornelio Sila. Jefe militar de primer orden, romano de superior cultura, político profundo: Sila unía a estas condiciones todas las prendas personales que el momento requería. Apoyado en el ejército, representa en un principio intereses patricios, pero muy pronto sabe reunir adictos de todas las procedencias sociales.

La guerra civil, continuada después de la muerte de Mario, concluye con la total victoria de Sila. El 1 de noviembre del año 82, la batalla de Puerta Colina le entrega el señorío de Roma. A partir de este año, Sila realiza una obra impresionante por su novedad, su extensión y su alcance.

Dueño de Roma es también el dueño del mundo. La conciencia de poder personal que con creciente vitalidad aleteaba en los grandes jefes desde hacía cerca de doscientos años, llega en Sila a la máxima madurez, a la proyección ilimitada y ambiciosa (11).

Aplica en gran escala una política mundial de preeminencia de Roma y creciente unificación mediterránea. La constitución romana

(11) CARCOPINO, *ob. cit.*, pág. 453-499;
IDEM, *Sulla ou la monarchie manquée*, Paris,
L'artisan du livre, 1952, págs. 9-18, 94-113.

es prácticamente sustituida por su voluntad. El modelo de la monarquía helenística presta a Sila la inspiración necesaria para elaborar una justificación de su autocracia. Inicia —al estilo greco-oriental— una divinización del poder atribuyéndose la *felicitas* de los dioses. La fórmula de dictador perpetuo es rebasada por el contenido que Sila le atribuye, y todos los poderes se concentran en su mano. Sila responde al tipo de autoridad ilimitada que siglos antes había descrito Anaxarco, el amigo de Alejandro (12), y que más adelante reproducirá en su propia persona Julio César.

Sila convierte a Roma en un verdadero Estado universal, no sólo en el terreno de los hechos, sino en el plano de la consideración jurídica. Por primera vez Sila realiza en el ámbito mediterráneo la *pax romana*. La vida provincial es meticulosamente regulada, y ante los estados situados fuera del mundo romano, se afirma la preeminencia de Roma, por medio del temor o la alianza.

Pero en el orden interior —romano e imperial— es donde la obra unificadora de Sila produjo sus mejores frutos. Muy pronto superó los intereses de aquella clase que inicialmente representaba, y su labor legislativa se orientó hacia la totalidad. Cumplió lealmente los compromisos contraídos con los soldados, asentó colonos, repartió tierras, y una buena parte del programa social de Graco, Druso y Cayo Mario fué incorporado a sus realizaciones.

Faltó a Sila plenificar su régimen, substituir en todos sus detalles el orden antiguo, reglamentar la sucesión; pero el modelo del cesarismo estaba ya formulado. Sila superó a Mario en la decisión de afrontar el poder personal, prescindir en absoluto de la tradición, legislar en nombre de un sistema nuevo. Resolvió, dando un paso hacia adelante, la antinomia que Mario había planteado. Con ello se anticipaba la solución cesárea: Adaptar a fórmulas romanas la monarquía helenística; legitimar doctrinalmente la autocracia; incorporar las reivindicaciones sociales; organizar el estado universal.

La muerte de Sila el año 78 dejaba nuevamente planteada la lucha por el poder, para la definitiva organización del Estado. Ni la oligarquía se resignaba a la derrota, ni parecía posible su plena restauración. En un determinado momento Sila había frenado la revolución, al tiempo que sometía con dureza a la aristocracia. Ahora los partidos tradicionales se enfrentarían nuevamente. La experiencia de Sila era, sin embargo, un aprendizaje para todos. Cuatro puntos constituían el fondo común de ese aprendizaje: renovación —hasta sus

(12) Cf. DIELS, *Fragmente der Vorsokr.*, II, 7.ª ed., Berlín, Weidmann, 235-240.

fundamentos— de la constitución romana; necesidad de ejercer una autocracia; incorporar, en parte, la ideología del vencido; gobernar —al mismo tiempo— para Roma y para el mundo.

4. *La significación de Catilina.*

El desmoranamiento de la obra de Sila reprodujo todos los males anteriores al año 78. La contradicción existente entre las dos clases dominantes —aristocracia y caballeros— aparece ahora acentuada, y se refleja en la indecisión de los prohombres. A la estructura latifundística de la propiedad nobiliaria, se opone la opulencia del capital acumulado por la clase de los caballeros.

El descontento cunde entre los ciudadanos libres, cuyo número disminuye constantemente. La pequeña propiedad desaparece en beneficio de los grandes latifundios. El mundo triunfal de los acaparadores y los agiotistas se eleva sobre el mundo dolorido de los represaliados. Muchos veteranos de Sila han sido privados de sus lotes. Soldados asentados por los repartos de tierra en los tiempos de Mario se ven expropiados por el régimen senatorial.

Los escritores suministran datos elocuentes sobre la situación planteada. La explotación del mundo se realizaba en Roma para exclusivo beneficio de la oligarquía senatorial y de la clase *capitalista* de los caballeros, cuyos intereses, a su vez, eran antagónicos. La clase media desaparecía con pavorosa rapidez, y un proletariado urbano, violento y venal, se aglomeraba en las grandes ciudades. Los desniveles y las contradicciones de clase alcanzaban así una tensión superior a la que determinó la crisis de los Gracos o la legislación de Druso. En Roma se concentraban, paradójicamente, el botín y la miseria del inmenso mundo sometido.

La debilidad romana se hizo visible a los enemigos exteriores. Después de la muerte de Sila, Mitridates plantea en gran escala las hostilidades, como campeón del Asia y del helenismo. Durante diez años (73-63) la guerra pónica absorbe las energías de Roma. El Senado manda al Oriente excelentes generales, entre ellos Lúculo y Pompeyo. Mitridates, vencido antaño por Sila, pudo aventurarse a una nueva guerra porque percibió, con mirada de político y estratega, la crisis romana que se iniciaba con la muerte del dictador.

Generales con sentido político aspiraron a la sustitución de Sila, para atajar la descomposición del Estado. El primero de estos intentos fué el de Marco Emilio Lépido, que pretende dar al Estado un contenido democrático. Lépido fracasa en una marcha sobre Roma el año 77, muriendo poco después en Cerdeña. El golpe de estado de Lépido, apoyado en masas populares, amparado en la ideología

de Mario, y sostenido vitalmente por la región etrusca, no puede ser considerado como una aventura sin fundamento. Tenía, por el contrario, un hondo sentido social, y puede contar como un tanteo necesario en la evolución política de Roma (13).

Algo análogo diríamos de Sertorio. General de Mario, romano en toda la profundidad de sus sentimientos, Sertorio mantiene las ideas de su partido —aleccionado además por la experiencia— y aspira a ejercer el poder en Roma, salvando a la vez la ciudad y el imperio. La muerte de Sila le sorprende en plena organización. Pretende tomar el poder desde España. Sertorio percibe como pocos políticos de su tiempo la unidad del mundo romano. En España reorganiza la legalidad romana, y para Sertorio esta legalidad que él representa es propiamente Roma. No se trata aquí de la *Roma* geográfica, sino de un concepto jurídico-político. *Roma* es para Sertorio legalidad, unidad de mando, capitalidad del estado mundial. Y desde aquella *Roma* que él lleva consigo, proyecta recobrar en su día la *Roma* geográfica y devolverla a su antiguo rango.

Estos sentimientos se dan con maravillosa nitidez en la conciencia de Sertorio. Mitrídates le ofrece apoyo económico y militar, exigiéndole a cambio que cuando Sertorio tomase el poder le devolviese las conquistas de Sila. El triunfo está lejos, la situación es cada día más difícil y toda alianza necesaria. Pero Sertorio contesta que no devolvería lo conquistado por Fimbria y Sila “porque mandando él debía de tener aumentos la república y no hacer pérdidas a trueque de que mandase: pues era propio del hombre virtuoso el desear vencer con honor; pero con ignominia, ni siquiera salvar la vida” (14).

Es admirable, sin duda, el temple de un jefe que compromete una alianza necesaria por no empeñar su palabra. Pero interesa observar en este rasgo el sentimiento sertoriano de unidad del mundo y el condicionamiento de sus actos a una política mundial, siquiera esta política se ejerza desde España. Sertorio —en línea distinta a la de Lépido— realiza otro de los grandes ensayos para lograr la sustitución de Sila. Su muerte (72), pone fin a su empeño cuando ya prácticamente estaba vencido.

Finalmente, la empresa misma de Espartaco (73-71), evidencia la inestabilidad del régimen senatorial, y el carácter contradictorio de la sociedad romana. En las más adversas circunstancias el heroico rebelde logra reunir un ejército de 70.000 hombres, ocupar regiones opulentas, derrotar ejércitos y constituir una grave preocupación pa-

(13) Las fuentes se comportan de modo análogo ante Lépido y Catilina. Floro (III, 23) no deja de reconocer que el movimiento de Lépido

partía de una base justa, aunque a su juicio inoportuna.

(14) PLUTARCO, *Sertorio*, XXIII.

ra el Senado. El propio Craso se verá obligado a enfrentarse con las tropas espartácidas en la batalla del Silaro. Espartaco no pretendía —como Lépido o Sertorio— reorganizar el Estado romano y sustituir el régimen de Sila con una nueva solución. Sus designios eran muy distintos; pero la resonancia de sus victorias y la alarma de Roma son un índice claro de la crisis.

En torno al año 65 la situación de Roma era confusa. Fracasados los ensayos de Lépido y Sertorio, reciente aun la alarma espartaquista, en curso la guerra de Mitrídates, el hervor político proseguía bajo el vacilante régimen senatorial. Las personalidades más vigorosas y acusadas buscaban coaliciones o aceptaban compromisos. Un ambiente de conspiración flotaba sobre la ciudad.

Pompeyo, vinculado a la aristocracia y adicto al Senado, luchaba en el Oriente contra Mitrídates. El porvenir le reservaba actuaciones de gran relieve, y estaba llamado a apoyar la fórmula del *principado* como medio de armonizar la tradición constitucional romana con el ejercicio del poder personal.

Cicerón, entusiasta republicano, cuyo prestigio databa ya de la época de Sila, defendía a todo trance la autoridad omnímoda del Senado y la legalidad republicana. No obstante en el futuro se inclinaría a Pompeyo, constituyéndose en el teórico del *principado*. Su carrera política sería un cúmulo de vacilaciones e inconsecuencias.

Marco Porcio Catón, joven político nacido el año 95, representaba la más pura tradición republicana y senatorial, un ilustre pasado familiar, el sentido estoico y romano de la virtud. Unilateral, intransigente y fanático, era el menos indicado de sus contemporáneos para prestarse a una componenda política.

Marco Licinio Craso, personaje opulento, que había ejercido el consulado, “vencedor” de Espartaco en la batalla de Silaro, era fiel trasunto de la clase de los caballeros, capaz, por otra parte, de cualquier alianza en una situación crítica.

Julio César, familiarmente ligado a Mario y Cinna, de orígenes democráticos, perseguido en plena juventud por Sila, exilado en Asia, maduraba planes personales para los que no excluía la combinación más ventajosa. No mantenía un rígido fanatismo y tampoco un oportunismo banal. Alentaba en su mente el ejemplo de Sila y el poder personal constituía su objetivo inmediato, como instrumento para realizar planes de universal alcance. En Julio César se fundían las más decisivas experiencias: la de Mario como jefe demócrata y la de Sila como organizador del Estado. Para completar su formación, habría de vivir aún una experiencia nueva: La del jefe revolucionario Lucio Sergio Catilina.

Nació Catilina el año 108. Fué pretor durante el régimen de Sila,

y adicto a su política. Más adelante, cuestor y lugarteniente de Curión en Macedonia, donde combatió bravamente. Llegó a desempeñar el gobierno de la provincia de Africa. Su carrera política se vió interrumpida por la creciente hostilidad a la memoria de Sila. El año 65, a los cuarenta y tres de edad, Catilina poseía en Roma popularidad y prestigio. Recordaba con lealtad los tiempos de Sila, y no perdió nunca el contacto con los veteranos de aquel régimen.

No era un doctrinario rígido como Catón, ni un oportunista como Craso, ni un servidor de la aristocracia como Pompeyo y Cicerón. El año 65 la posición de Catilina es análoga a la de César. Quiere el poder, como lo anhela César, a quien lleva siete años. Como César, acumula profundas experiencias. Es leal a la memoria de Sila, pero en los años transcurridos ha madurado propósitos y fórmulas personales. El poder es para él —como para César— un instrumento al servicio de una idea. La idea, a su vez, traduce políticamente intereses generales e intereses de grupo. Su idea tiene mucho de Sila, y mucho de la tradición revolucionaria. Es un programa romano y mundial en gran escala. Para llegar al triunfo, Catilina no adopta una posición cerrada y dogmática. La puerta de su partido queda abierta a todos. Acepta todas las alianzas. Escoge el camino de la legalidad, y cerrado éste, el de la violencia. La violencia era ya una tradición, llevase al fracaso o al poder. Así habían procedido los Gracos, Mario, Sila, Lépido o Sertorio. El remate —trágico y genial— de aquella serie fué Julio César. Y Catilina, un eslabón de la cadena.

5. *Las fuentes para el estudio de Catilina.*

Pero el estudio de Catilina presenta al historiador graves dificultades. No podemos conocer su carácter, su significación y su obra más que a través de sus irreductibles adversarios: Cicerón y Salustio. Las fuentes posteriores —como Suetonio o Plutarco— dependen en gran medida de éstas o de otras intermedias, derivadas de los discursos ciceronianos o del calculado libro de Cayo Crispo Salustio.

Triste destino el de aquel personaje que llega a la posteridad a través de una legión unilateral de incondicionales apologistas. Casi tan triste el que sólo nos es conocido por implacables detractores. La *fama póstuma* de Catilina ha padecido en gran escala esta fatalidad. Solamente sus enemigos nos han informado sobre el romano Catilina, el hombre Catilina, el político Catilina,

Cicerón perseguía el exterminio de un enemigo temible. Acumuló sobre él todo género de acusaciones. Obraba en nombre de una clase dura, de un Senado inclemente. Añadía a ello su propio y personal

aborrecimiento. La lucha era a muerte, y en la propaganda política de la época se desconocía la medida. La palabra era un arma más para aniquilar al enemigo, que por su parte estaba también dispuesto al aniquilamiento. Un discurso político perseguía tan sólo la eficacia, por todos los medios. A través de los discursos de Cicerón no resulta posible catalogar los delitos de Catilina; bastaría resumir: los ha cometido todos. Tampoco vale la pena enumerar los vicios que Cicerón le atribuye: todos. Ni los defectos: Catilina posee también la totalidad de los defectos humanos.

A Cicerón le inspira el odio (15), pues Catilina representa en Roma exactamente lo opuesto que Cicerón; el miedo (16), pues desde las luchas de Mario y Sila se sabe en Roma lo que es una revancha; la venalidad tornadiza (17), pues no puede verse en Cicerón un ejemplo de consecuencia. Cicerón lucha contra Catilina y en su lucha defiende muchas causas: la república, el Senado, la aristocracia, la tradición, y su propia vida. Situando las acusaciones de Cicerón en su tiempo; estudiando la estructura moral, los estilos políticos y los hábitos de violencia vigentes entre los años 100 y 44; estableciendo un cotejo entre todas las figuras de la época y el conspirador, podrá comprobarse que Catilina responde, como los demás, al ámbito en que vive. Nadie está exento de los defectos que a él se le atribuyen, ni es históricamente aceptable que Catilina ejerciese un monopolio de infamias y de crímenes.

El propio Cicerón silencia faltas análogas en otros protagonistas de la historia romana, cuando no se siente seguro o no tiene en la mano todas las cartas del juego. Así la presencia de César en las conspiraciones, o el hecho mismo del golpe de estado. Ataca a Sila

(15) Basta, naturalmente, leer las catilinarias. Con razón escribe Mispoulet: "No se podría aceptar sin reservas el retrato que Cicerón ha trazado en las catilinarias y que ha sido reproducido por todos los historiadores posteriores. Cicerón, cuando pinta a un adversario, no tiene gran cuidado de la verdad; lo que busca, sobre todo, es hacerle ridículo u odioso". (*La vie parlementaire a Rome sous la république*, París, Fontemoing, 1899, p. 157).

(16) Muchos autores han puesto de relieve este factor psicológico al tratar de la actitud de Cicerón en el proceso revolucionario romano. Cf., por ej., CHARLES OMAN, en *Siete estadistas romanos...*, Madrid, Pegaso, 1944, p. 237: "Evidentemente el facundo cónsul, pensando tener su propia cabeza en peligro, describía a su enemigo y todo lo relativo a él con rasgos muy espeluznantes".

(17) "Nada hay que decir sobre la versatilidad de Cicerón, sobre sus contradicciones y sus palinodias, desde que un profesor de Koenigsberg, el sabio e implacable Drumann, se ha tomado el trabajo de compilar en cerca de 1.300 páginas compactas —con los textos de Cicerón mismos— la más formidable requisitoria que haya jamás fulminado contra la memoria de un hombre la justicia póstuma de la historia." (BOUCHE LECLERCQ, *Leçons d'histoire romaine*, París, Hachette, 1909, pág. 60). En la misma línea Mommsen.

(18) En la or. Pro Roscio Amerino, insiste Cicerón con reiterada astucia en excusar a Sila: "Bien se comprende, jueces, como ya antes dije, que estos crímenes, que estas infamias, cometiéndose a espaldas de Sila" (8-9). Muerto el dictador, Cicerón cambia por completo, adoptando un tono de implacable execración.

después de su muerte (18), o a Antonio cuando se cree asistido por el Senado y por Octavio, que habrán de abandonarle (19).

El otro autor que nos introduce a Catilina es un escritor de alto estilo: Cayo Crispo Salustio. Según Schwartz el objeto de su obra sería demostrar que César no había tenido relación alguna con Catilina y sus conjuraciones (20). Es excesiva la interpretación de Schwartz: Salustio sirve a César, sin duda alguna, e insiste con empeño en situarle fuera del ámbito de los conspiradores. Pero el objeto general de la obra queda fuera de ese propósito. Pretende relatar el movimiento catilinario con tintas sombrías, acumulando perfidia sobre los conjurados y reduciendo su programa a propósitos negativos, entre los cuales el incendio y el asesinato ocupan un lugar preferente.

La obra está escrita a raíz de la muerte de César. Salustio ha sido un exaltado cesariano. No administró de vacío las provincias que le fueron adjudicadas, ni desempeñó sus cargos políticos por amor al arte. Sus irregularidades se hicieron famosas en la Roma de su tiempo y en la tradición literaria, como famosos fueron los *horti sallustiani* y las propiedades adquiridas con el producto de sus exacciones. Entre los colaboradores de César figura Cayo Crispo Salustio como uno de los menos austeros. Conoce por experiencia directa las inmundicias que con tanta elocuencia censura en sus libros.

Había, indudablemente, un ambiente enrarecido en torno a Salustio. Muerto César se da prisa a redactar *De coniuratione Catilinae*, en los años 43-42. En Catilina descarga la tormenta moralizadora. En Catilina, y de rechazo en Sila. Los acontecimientos quedan ya lejanos. Catilina ha caído veinte años ha, en la batalla de Pistoya. Pero quedan en pie los mismos intereses —ya que no las personas— que actuaron en torno a la gran conjuración. Su libro le sitúa admirablemente ante la aristocracia senatorial, por el elogio de Catón; ante los pompeyanos, cuya herencia recoge Octavio; ante Antonio, heredero de la línea política de César. Hace en su libro lo que no hizo en su vida: una exhibición de moral. Polariza las censuras hacia los tiempos de Sila y Catilina, como si no fuesen violentos y crueles los que siguieron a la muerte de César. Condena la represalia y el crimen, como si no hubiese crimen y represalia a partir de los Idus de marzo. Y de paso distribuye halagos y sonrisas entre los herederos de todos los partidos: cesarianos, senatoriales y pompeyanos.

El año 62, del desastre y muerte de Catilina, cumplía Salustio veinticinco de su edad. Escribe su libro a los cuarenta y cinco. No

(19) PLUTARCO, *Cicerón*, XLV-XLVI.

(20) E. SCHWARTZ, *Die Berichte über die*

Catilinäische Verschwörung, *Hermes*, 32 (1897), 554, sigs.

tiene los motivos directos —ofensivos y defensivos— que movieron a Cicerón, para abrumar a Catilina con una campaña implacable. Tiene otros, indirectos, lejanos, pero poderosos. Como dice Schwartz, excusa a César de las acusaciones formuladas sobre su presunta participación. Pone cátedra de moral desde sus fincas; predica honestidad al tiempo que disfruta del botín; brinda —en una situación delicada— sonrisas a los partidos dominantes. Muerto César, el ambiente romano le es hostil. Salustio se retira —con aire de ofendido— de la política. *De coniuratione Catalinae* es su tarjeta de despedida.

Pero a este libro y a los discursos de Cicerón ha de atenerse el historiador. En ellós Catilina se presenta como un criminal de alucinante carrera (21); como un coleccionista insaciable de vicios, incluso los más incompatibles entre sí; como un vesánico obsesionado por el incendio. En Cicerón, no existe matiz alguno. Catilina es la encarnación del mal —cosa grave—, y pretende, además, aniquilar a Cicerón —cosa gravísima—. El efecto producido es el contrario al que se busca. Las catilinarías pudieron ejercer un efecto fulminante ante el Senado predispuesto a aplaudirlas. En el hombre moderno suscitan vehementes sospechas. Y ya en la antigüedad, Plutarco ironizaba sobre la vanidad de su autor (22).

Distinta es la posición de Salustio. Espíritu sutil, escritor de excepcionales dotes, gusta del matiz y del análisis. Alza contra Catilina un fabuloso alegato de horrores. No retrocede ante las acusaciones más extremas, que desfilan en un tono monocorde y sombrío a lo largo de sus páginas. Nos dirá impasiblemente que Catilina bebe sangre humana, que asesina a su propio hijo para poder contraer un nuevo matrimonio (23). Cuando la afirmación es excesiva —porque hasta hablando de Catilina cabe el exceso— Salustio se remite a un prudente “*se dice*”, un “*pro certo creditur*” que estremece a cualquiera.

No hay, sin embargo, otro recurso que valerse de ambos apasionados detractores (24). El historiador ha de leer entre líneas, des-

(21) Aparte de las acusaciones generales —corrupción de la juventud, preparación del incendio de Roma, proyecto de asesinatos en masa— se culpa a Catilina de la muerte de Mario Gratidiano. Cicerón (*Catilinaria* I, V, 14) le acusa de la muerte de su propia esposa, su hijo y su cuñado. Plutarco (*Cic.*, X) de vivir incestuosamente con su hija y del asesinato de su hermano. Salustio (*De coniuratione Cat.*, XXII, 1-3) afirma que los conjurados bebieron vino “*humani corporis sanguinis vino permixtum*”. Plutarco (*loc. cit.*), redondea la noticia: “Tomado Catilina como jefe de toda la gente perdida, diéronse mutuas seguridades, siendo una de ellas el haber sacrificado un hombre, comiendo de su carne”.

(22) PLUTARCO, *Cicerón*, XXIV. En los propios días de Cicerón, un escrito mordacísimo, ante la renovada presunción de haber salvado a Roma, le llamaba el Rómulo de Arpino, fustigándole, además, por su versatilidad (cf. HERMES, XXXII, 1898, 87-108). Las jactancias constantes del Cónsul producían en la opinión romana una mezcla de tedio y de ironía, que llega hasta el mismo Salustio (cf. J. M. Pabón, ed. de Barcelona, Alma Mater, t. I, 1954, pág. 5).

(23) XV, 2.

(24) En su conjunto, las otras fuentes —Suetonio, Plutarco, Floro, etc.— son parcas en noticias y en buena parte dependen de los dos citados autores.

contar la desafortunada animadversión y la parcialidad. Ha de evitar, al mismo tiempo, la aceptación candorosa y la interpretación gratuita o fantástica.

6. *Fuit magna vi et animi et corporis.*

Salustio anticipa (25) una breve etopeya de Catilina, sin perjuicio de añadir todo género de detalles complementarios a lo largo de su libro. No reseñaremos los defectos, tachas y crímenes que el historiador le atribuye, porque la enumeración sería demasiado prolija. El catálogo de las lacras con que Salustio caracteriza a su personaje abarca la totalidad de perversiones, vicios y flaquezas que puede albergar el corazón humano. La síntesis de ese repertorio de maldades se reduce a dos palabras: *totalmente perverso*.

Lucius Catilina, nobili genere natus, fuit magna vi et animi et corporis, comienza Salustio. Fué, en efecto, de noble estirpe. La leyenda refería su origen familiar a Sergesto, compañero de Eneas (Virg. Aen., V, 121). Entre sus antepasados, en la más remota antigüedad romana, figuraban famosos personajes que habían desempeñado altas magistraturas. Y el propio Lucio Sergio fué hombre de elevadas prendas espirituales y corporales, *magna vi et animi et corporis*.

Era, además, sobre todo lo imaginable, resistente para el hambre, el frío o el cansancio. O dicho de otra manera: su cuerpo —instrumento de la voluntad— obedecía disciplinadamente a las pruebas más duras. *Corpus patiens inediae, algoris, vigiliae supra quam cuiquam credibile est*.

A estas condiciones, en consonancia con aquella *gran fuerza del alma*, era Lucio Sergio valeroso —*audax*—, y vehemente en sus pasiones —*ardens in cupiditatibus*—. Era también elocuente —*satis eloquentiae*— según es lógico en un varón vehemente y de ánimo esforzado.

Sobre todo ello, complementando semejantes dotes, alentaba en él un desmesurado espíritu, ambicioso de acometer las más desmedidas, increíbles y altas empresas: *vastus animus inmoderata, incredibilia, nimis alta semper cupiebat*.

A estos rasgos que Salustio le atribuye hay que añadir, como desprendidos de su narración, otros dos de esencial significado: Uno es la *tenacidad*; el otro la *lealtad*.

La tenacidad de Catilina subyace en el relato mismo de Salustio. Su empresa va de fracaso en fracaso. Falla la primera conspiración.

(25) *De coniuratione Catilinae*, V, 1-5.

Muere asesinado uno de sus más fuertes apoyos, Cneo Pisón. Catilina no se desalienta. Es derrotado electoralmente una y otra vez. Le traicionan los aliados galos, le delatan algunos conjurados, Cicerón fulmina desde el Senado terribles requisitorias. Catilina hace frente a todos los embates, se recobra, rehace sus huestes. Finalmente presenta una batalla desesperada, agotando sin desmayar el último recurso.

También la lealtad. El instante más dramático de su vida es aquel en que, denunciada la conjura por Cicerón, dispuesto el Senado a defenderse y abandonado por antiguos compañeros —*Craso y César entre ellos*— deja organizado en Roma un golpe de mano mientras él parte para tomar el mando de sus tropas, acuarteladas en Faesulae. Todo está perdido y se trata solamente del esfuerzo final y un *bel morire*. No puede ya dispensar protección alguna a Aurelia Orestila, esposa fidelísima. Entonces Catilina —*caplus amore Aureliae Orestillae*— al decir de Salustio (26), temiendo represalias e inclemencias, escribe una impresionante carta a Quinto Cátulo, su amigo. La carta, conservada por Salustio, es del propio Catilina (27). Fué leída en el Senado y Salustio la incorporó a su documentación.

Hoy es posible utilizarla para descubrir —al margen de la pasión hostil— algún auténtico rasgo de Catilina. Expone sobriamente a Quinto Cátulo su acosamiento y los motivos que le impulsan a la lucha. Renuncia a utilizar para sus propias deudas los bienes de Aurelia —*liberalitas Orestillae filiaeque*— y le sugiere su determinación de dar la batalla final. La misiva concluye: “Más quisiera escribirte, pero me avisan que vienen sobre mí: Te recomiendo a Orestila y la entrego a tu fidelidad. Por tus hijos te ruego que la defiendas de todo agravio”. *Nunc Orestillam commendo tuaeque fidei trado: eam ab injuria defendas per liberos tuos rogatos. Haveto*”.

La carta —escrita en momentos patéticos— es un modelo de buena latinidad, concisión y sencillez. Salustio nos muestra un documento por el cual se vislumbra al hombre que en la ruina respeta los bienes de su esposa, y que en el instante final de su carrera —*uomo finito*— piensa en protegerla de la única manera posible: entregándola a la fidelidad de un amigo: “*Egregia tua fides re cognita...*”

Esta semblanza tiene su broche final en la descripción de la batalla de Pistoya (28). Allí describe a Catilina ayudando a sus cama-

(26) XV, 2.

(27) *De coniuratione Cat.*, XXXV. Los más autorizados especialistas atribuyen la carta a Catilina. (Cf. la ed. Pabón, en Emérita, 1942, p. 92, n. 5, y la de Ramorino, en Turín,

Chiantore, 1947, p. 47: “Sallustio riproduce qui nella sua forma genuina la lettera del cospiratore”).

(28) *De coniuratione Cat.*, LVII-LXI.

radas, proveyendo a todo, luchando en persona —*multum ipse pugnare*—, hiriendo con frecuencia al enemigo —*saepe hostem ferire*—, es decir, actuando lealmente con sus hombres y cumpliendo a un tiempo “*strenuū militis et boni imperatoris officia*”, los deberes de soldado valiente y de buen general. Cuenta después cómo Catilina, viendo vencido su ejército, se arroja a morir entre los enemigos y muere en plena lucha: *ibique pugnans confoditur*. Y cómo, finalmente, es hallado expirante, lejos de los suyos, rodeado de cadáveres enemigos: *Inter hostium cadavera repertus est...*

Tal es —en parte— el Catilina que brota del texto de Salustio. Resumamos: Altas prendas de espíritu y de cuerpo; resistente sobre todo lo imaginable al hambre, al frío y al cansancio; audaz, apasionado y elocuente; de espíritu desmesurado, siempre dispuesto a empresas desmedidas, altas e increíbles; tenaz en sus propósitos; incapaz de causar la ruina de su esposa; leal a los seres amados; pendiente de sus camaradas en el combate; cubierto de gloria en la hora de la muerte.

Y además de todo ello: totalmente perverso.

7. El programa de Catilina.

El testimonio de Cicerón y Salustio, concurre en afirmar que el programa de Catilina se reducía a tres puntos básicos: el robo, el incendio y la matanza. Nos vemos, no obstante, obligados a declinar tan sugestiva simplicidad e indagar a través del propio texto de Salustio, más orgánico que el de Cicerón.

La misma corrupción de la ciudad, invadida por la avaricia y el lujo, incitaba a los propósitos de Catilina (29). Refleja así Salustio la realidad social y política de Roma. Un estado en plena crisis invita siempre a la revolución, y ante una sociedad corrompida no cabe otro remedio que la reforma enérgica. Salustio quiere sugerir que la revolución catilinaria emergía de la corrupción misma, era su culminación y consecuencia. Nosotros entendemos que todo verdadero revolucionario se alza contra la corrupción. La revolución es precisamente la réplica y el remedio de la crisis.

A Catilina —nos dice Salustio— “después de la dominación de Sila, le había invadido un arrollador deseo de apoderarse de la república” (30). Pero esta *maxima libido rei publicae capiundae* había invadido a Catilina y a otros próceres romanos. También a Craso y a César, a Pompeyo y a Lépido. El golpe de estado de

(29) *Idem*, XIV.

(30) *Idem*, V, 6.

Sila había sentado un precedente decisivo en la historia de Roma. La ambición de adueñarse del poder por todos los medios, a que Salustio se refiere, se albergaba por entonces en muchos hombres y en todos los partidos.

Desprovistas de la parcialidad que satura toda la obra de Salustio, sus afirmaciones iniciales son exactísimas: que la crisis romana incitaba a la revolución y que Catilina proyectaba un golpe de estado. Nos interesa ahora conocer el contenido político que Catilina asignaba a su movimiento. ¿Qué significaba, en relación con la historia romana, el *programa* de Catilina?

En la arenga que Salustio le atribuye (31) a raíz de la conspiración de febrero podemos rastrear algunos indicios. La arenga, con toda evidencia, responde a las líneas generales del discurso de Catilina.

Catilina hace una apelación a la amistad, la fe común y el amor a la causa. Consigna también consideraciones de orden político. “Desde que la república cayó bajo el total dominio de unos pocos poderosos, de ellos han sido siempre tributarios los reyes y tetrarcas, a ellos han pagado sus estipendios pueblos y naciones: todos los demás, fuertes y buenos, nobles y plebeyos, hemos sido vulgo sin valimiento ni autoridad; sujetos a aquellos para quienes, si ! república mantuviese su fortaleza, seríamos respetables”. Es decir: Las conquistas, los tributos de los pueblos sometidos, las fabulosas ganancias no son para el pueblo romano, sino “para unos pocos”. Es para ellos, para “unos pocos” —la oligarquía— para quien en realidad se lucha, no para el pueblo mismo. Por lo que añade: “De tal manera que todo favor, poderío, honor y riqueza están con ellos o donde ellos quieren: Para nosotros quedan los peligros, los desdenes, el rigor de las leyes, la miseria”.

Parecen estas palabras un eco del famoso discurso de Tiberio Graco: “No dicen verdad sus caudillos cuando en las batallas exhortan a los soldados a combatir contra los enemigos por sus aras y sepulcros, porque de un gran número de romanos ninguno tiene ara, patria ni sepulcro de sus mayores, sino que por el regalo y la riqueza ajena pelean y mueren, y cuando se dicen que son señores de toda la tierra, ni siquiera un terrón tienen propio” (32).

La arenga política de Catilina va dirigida contra el concepto mismo de oligarquía, los *pauci potentes* que poseen totalmente —*ius atque dicio*— la república.

El contenido popular —de Graco a Cayo Mario— flotante en la

(31) *Idem*, XX.

(32) PLUTARCO, *Tiberio*, IX.

tradicción revolucionaria es el que Catilina recoge y en su día tratará de realizar Julio César. El complemento de esta arenga queda especificado en algunas medidas que Catilina anuncia a los reunidos: cancelación de deudas y proscripciones (33). La condonación de deudas es un punto básico en los programas populares de la antigüedad. Las deudas contraídas por la creciente pobreza disminuían el número de pequeños propietarios, agigantaban los latifundios e impulsaban la esclavitud.

En Roma, como en Grecia, la reducción de las deudas era una aspiración revolucionaria al tiempo que una necesidad social. Figuró en el programa de los reyes espartanos Agis y Cleómenes, y en el de todo político popular.

Las proscripciones eran también ineludibles en el reajuste revolucionario y en gran escala se aplicaron durante las guerras civiles. Salustio, naturalmente, añade como complemento del programa, "*rapina atque alia omnia quae bellum atque lubido uictorum fert*".

La crítica catilinaria de la oligarquía es comentada por Salustio en los términos que más podrían convenirle cuando —hacia el año 42— concluía su libro *De coniuratione Catilinae*. Catilina se dirigía —según su historiador— "a hombres para quienes todas las desdichas abundaban, sin hacienda ni esperaza alguna", pero felices con la sola idea de alterar el orden. Consta, sin embargo, por el propio Salustio que entre los asistentes había personas destacadísimas de Roma, senadores y caballeros, así como jóvenes de la nobleza. Precisamente se asombra nuestro autor de que estos jóvenes, que podrían vivir en el ocio, *magnifica o muellemente*, prefiriesen la incertidumbre o la guerra (34).

No podemos conciliar los desheredados sin esperanza que aguardan la señal para el saqueo con los nobles romanos y la juventud dorada que Salustio inscribe en las filas catilinas.

Hay, sin embargo, otras contradicciones más graves. Catilina formula su crítica de la oligarquía diciendo: *res publica in paucorum potentium ius atque dicionem concessit*. Pensamiento que podríamos armonizar sin dificultad con otro del propio Salustio: *Nobilitas consulatum inter se per manum tradebat* (35). Poca diferencia va de afirmar que una minoría detentaba el poder, como dice Catilina, a sostener que la nobleza retenía la función consular, como piensa Salustio. Pero la parcialidad del historiador explica estas contradicciones de información y de juicio.

El programa de Catilina se deduce del texto de Salustio y las

(33) *De coniuratione Cat.*, XXI, 2.

(34) *Idem*, XVII, 6.

(35) SALUSTIO, *De bello Yugurtino*, LXIII 6-7.

fuentes coetáneas, pero también de la lógica de los acontecimientos y el contenido de la tradición romana. Podríamos concretarlo en los puntos siguientes: Poder personal dictatorial; desarticulación violenta de la oligarquía; nuevo reparto de lotes; asentamiento de los veteranos desalojados de sus tierras; reducción y cancelación de las deudas; extensión del derecho de ciudadanía. Programa análogo al de Sila, pero activado con un fermento popular muy poderoso. No muy lejos de los presupuestos autoritarios y sociales de Catilina, están las realizaciones de César. En otros órdenes nada sabemos del pensamiento político catilinario. Catilina había luchado y vivido en las provincias transmarinas (Macedonia, Africa). Toda su generación —como en el caso de Sertorio— rendía culto a la prepotencia universal de Roma, y comprendía la necesidad de organizar la política mundial como una gigantesca proyección de la voluntad romana.

8. *Ceterum iuuentus pleraque...*

Catilina tenía, por lo menos desde el año 66, amplios grupos de partidarios. Cuando un partido afecta a extremos sectores de opinión, cabe establecer siempre —dentro del ideal común— grupos diferentes de seguidores. ¿Quiénes eran los partidarios de Catilina?

Cicerón los clasifica en cinco grupos (36). Con arreglo al criterio ciceroniano, serían:

a) “Los que teniendo grandes deudas poseen, sin embargo, bienes de gran valía, pero no queriendo desprenderse de ellos, tampoco pueden pagar sus deudas”.

b) “Los agobiados de deudas que esperan lograr el poder y lo desean para conseguir por la perturbación de la república los cargos y honores que no lograrían en circunstancias normales”.

c) “Otra clase de hombres de avanzada edad, pero robustecidos por el ejercicio... Son estos de las colonias que Sila estableció en *Faesulae*,” muchos de los cuales “malgastaron en vanidades y locuras las riquezas con que de repente e inesperadamente se vieron” y “contraieron tantas deudas que para salvarles sería preciso resucitar a Sila”.

d) “En la cuarta clase hay una mezcla confusa y turbulenta de hombres que desde hace tiempo se ven abrumados de deudas, que nunca lograrán rehacerse... los cuales dicen que aburridos por tantas citaciones, juicios y venta de bienes se van —lo mismo de la ciudad que del campo— al ejército enemigo”.

(36) CICERON, II *Catalinaria*, 8-10.

e) “En quinto lugar están los parricidas, los asesinos y todos los demás criminales”.

Esta clasificación resume el juicio de la oligarquía. Justamente la oligarquía representa el sistema de enriquecimiento sobre préstamos al ciudadano empobrecido; acaparación de predios y formación de latifundios; adquisición de bienes a la baja, y compraventa de esclavos. Cicerón es el portavoz de esta clase social. Para esta clase social el deudor es siempre un derrochador peligroso, un débil o un indeseable. Todo el que intente agrupar a los deudores y desheredados, pertenece al quinto grupo: “parricidas, asesinos y demás criminales”; es decir: “el de los verdaderos amigos de Catilina”.

Pero Cicerón, en nombre de la clase patricia y del Senado, ve a los deudores empobrecidos como delincuentes. Es el punto de vista que lógicamente adopta. Catilina, jefe revolucionario, los ve como víctimas de la usura.

De la misma manera, los jóvenes campesinos que emigran hacia la ciudad le parecen a Salustio presuntos maleantes, vagos y rebeldes que se encuentran mejor en el ocio, protegidos por la dadi-vidad de los conspiradores. Para Catilina, son jóvenes braceros, pueblo desamparado o trabajadores a quienes el latifundio ha reducido a la miseria.

Es cuestión de punto de vista. No hay conciliación posible entre el de Cicerón y el de Catilina; como no lo hay entre la oligarquía y la revolución. Esos deudores o esos campesinos de quienes hacen escarnio Cicerón o Salustio, son para Catilina los *miseri* a que se refiere en su carta a Quinto Catulo: “según mi costumbre, escogí la causa pública de los desheredados” (*publicam miserorum causam pro mea consuetudine suscepi*).

Por su parte Salustio (37) nos ofrece otra clasificación, acaso más sencilla que la de Marco Tulio:

- a) los que sobresalían en el deshonor o la insolencia,
- b) los que indecorosamente perdieron su patrimonio,
- c) los vagabundos por maldades y delitos,
- d) los aventureros que recordaban los tiempos de Sila,
- e) los braceros del campo que ansiaban mejorar de fortuna,
- f) los represaliados por Sila,
- g) los enemigos del Senado.

En otro pasaje (38), nos brinda Salustio una clasificación muy análoga, aunque con distintos matices:

(37) *De coniuratione Cat.*, XXXVII, 1-10.

(38) *Idem*, XIV, 1-3.

- a) los viciosos derrochadores,
- b) los delincuentes deudores,
- c) los parricidas,
- d) los sacrilegos,
- e) los reclamados por la justicia,
- f) los asesinos,
- g) los perjuros,
- h) los exaltados por la maldad, la pobreza o los remordimientos.

No olvidaba el historiador incluir —fuera de lista— otra categoría distinta a las enunciadas: la delincuencia prostibularia (39), afirmación que Salustio refiere a un *dicitur* evasivo y ambiguo.

Esta variada tipología de hampones y delincuentes no tiene contenido político alguno. Al frente de semejante tropa, Catilina y sus amigos no habrían promovido un problema político, sino de orden público. Partidarios de tal género no hubieran concluido combatiendo en la batalla de Pistoya con un coraje que asombra y entusiasmo al mismo Salustio: “terminada la batalla se apreció cuánta audacia y esfuerzo hubo en el ejército de Catilina, pues el lugar que cada uno defendió durante la batalla, muerto lo cubría con su cuerpo”. Los pocos, añade Salustio, que al empuje de la cohorte pretoria tuvieron que alejarse del cuadro, aparecían muertos con el rostro vuelto al enemigo: “*omnes tamen aduersis uulneribus conciderant*” (40).

Difícilmente encontraríamos lugar apropiado, en la clasificación de Salustio o la de Cicerón, para los combatientes de Pistoya.

Por otra parte, Salustio enumera entre los catilinaros, personajes de familias ilustres, jóvenes de la nobleza, y *omnino cuncta plebes*. No cabe pensar que aquellos nobles y todo el pueblo de Roma tengan encasillamiento en las categorías abisales que establecen Cicerón y Salustio.

Lo que se desprende de ambos autores, puesta entre paréntesis su hostilidad a Catilina, es un esbozo de clasificación objetiva. El movimiento catilinario, por su contenido, su programa y tradición democrática, afectaba a muchos estratos populares, que sentían mejor interpretados sus intereses o sus conveniencias. Esos deudores agobiados por *iudicia* a que se refiere Cicerón en su cuarta categoría, son los mismos a quienes Catilina alude en su arenga (41).

El programa de Catilina, en cuanto orientado hacia una causa popular, que llega desde el pequeño propietario hasta los *miseri*, abarca a muchos sectores sociales (42). Pero al mismo tiempo Catilina, no lo olvidemos, procede de la disciplina de Sila. Han pasado quin-

(39) *Idem*, XXIV, 3-4.

(40) *Idem*, LXI, 3.

(41) *Idem*, XX, 8.

(42) *Idem*, XXGVII.

ce años desde la muerte del dictador y su posición política se ha hecho más amplia, más abierta y sobre todo más radical. Pero por sus antecedentes, Catilina tiende a la minoría dirigente, la acción rápida, el golpe de estado. De ahí que su partido interese a clases superiores, de las cuales aisladamente se desgajan individuos o grupos compeñetrados con los fines de Catilina y dispuestos a desempeñar un papel directivo en la toma del poder o en el gobierno del Estado.

Los grupos que podríamos establecer, utilizando los textos adversos, pero haciendo abstracción de la hostilidad personal y política, serían los siguientes:

1. Próceres romanos, de elevada condición social, que en la primera o última etapa han sido colaboradores y amigos de Catilina. (Salustio en *De conjuratione Cat.*, XVII, XVIII).
2. Jóvenes nobles descontentos con la marcha de la política. Disidentes del Senado y la oligarquía. Gentes que prefieren afrontar la aventura, la incertidumbre o la guerra al *statu quo* posterior a Sila. "*Ceterum iuuentus pleraque, sed maxume nobilium, Catilina inceptis fauebat: quibus in otio vel magnifice vel molliter vivere copia erat, incerta pro certis, bellum quam pacem malebant*" (XVII, 6).
3. Veteranos y partidarios de Sila (Sal., XVI, 4). Manlio, el gran jefe militar de Catilina era uno de ellos. (Cf. Plutarco, Cic. 14).
4. Deudores víctimas de la usura (Sal. XIV, 2; XXI, 2; Cic. II Catilinaria, 8-10).
5. Represaliados por diferentes causas que han perdido sus tierras, incluso por la represión de Sila (Sal. XXXVII, 9).
6. Campesinos desplazados de sus tierras o miserablemente pagados (XXXVII, 7), "*iuuentus quae in agris manuum mercede inopiam tolerauerat*".
7. *Omnino cuncta plebes* (Sal. XXXVII, 1). Absolutamente toda la plebe: es decir, todo el estado llano romano, el *pueblo*, en sentido moderno.

Estos grupos no son unidades políticas, sino sectores sociales a los que el programa de Catilina iba dirigido en tanto que proyectado para toda la sociedad romana y enfocado a una reforma general del Estado. A los grupos mencionados habría que añadir zonas de simpatizantes entre los itálicos, por el principio de extensión de la ciudadanía. No olvidemos el arraigo del movimiento catilinario en varios puntos de la Península, especialmente en Etruria (43).

(43) Eugenio Manni, en su *Lucio Sergio Catilina* (Firenze. *La nouva Italia*, 1940, 258 págs.) considera el movimiento de Lépido como un precedente de la conjuración catilinaria.

Véase R. E. SMITH, *The failure of Roman Republic*, Cambridge, Univ. Press., 1955, página 102.

Pero lo que sorprende poderosamente a todo lector moderno es la insistencia de las fuentes en proclamar que a Catilina le seguía la juventud: Juventud noble (*maxime nobilium*), juventud campesina (*iuuentus quae in agris manu mercede inopiam tolerauerat*), o juventud plebeya ciudadana. Todos —Cicerón, Salustio, Plutarco— coinciden en que Catilina había logrado captar la conciencia juvenil.

Salustio lo dice con toda solemnidad: “La mayor parte de la juventud era favorable a las empresas de Catilina”. Trata después de explicar por móviles bastardos esta adhesión. Catilina atraía a los jóvenes con halagos (44), los educaba en el crimen y la violencia (45), los utilizaba en sus propias finalidades. Pero deja Salustio plena constancia de un hecho: La juventud seguía a Catilina.

Cicerón refuerza en multitud de pasajes el testimonio de Salustio (46) y Plutarco —eco lejano de los acontecimientos— corrobora que “Catilina se atrajo a una gran parte de la juventud” (47).

La interpretación peyorativa que Cicerón y Salustio nos brindan, pertenece al orden de la hostilidad política. El hecho que sus textos corroboran es la adhesión juvenil a Lucio Sergio Catilina.

Catilina se nos presenta, pues, como un jefe de juventudes. Sea cual fuere la opinión de sus enemigos, Catilina no pedía a los jóvenes otra cosa que sacrificio. En la primera arenga les pide que luchen. En la segunda, que mueran con honor. En ambas, les enseña que la libertad vale más que la vida, y que, sin embargo, la vida hay que venderla cara: *Cauete inulti animam amittatis*. De lo que no cabe duda a través de los textos adversos —y para Catilina lo son todos— es de que entre los años 66 y 62 la conciencia juvenil se sintió sacudida por el ímpetu catilinario. Aquella adhesión le acompañaría hasta la batalla de Pistoya. Los que cayeron a su lado luchando contra la oligarquía representaban a la juventud de Roma. *Ceterum iuuentus pleraque Catilina inceptis fauebat...*

9. Los planes de Catilina.

La técnica insurreccional de Catilina experimentó cambios importantes, impuestos por las circunstancias. Sin embargo, sus líneas son siempre las mismas: Un golpe de mano en la ciudad, puntos de apoyo locales en Italia y fuerzas adictas —a ser posible— en las provincias transmarinas.

En la primera conjuración intervinieron, con Catilina, Marco Licinio Craso y Julio César. El golpe de mano sobre el Capitolio tendría lugar el 1 de enero del año 65. Cneo Pisón saldría para España

(44) *De coniuratione Cat.*, XIV, 5-7.

(45) *Idem*, XVI, 1-3.

(46) I *Cat.*, 6 y II *Cat.*, 4.

(47) PLUTARCO, *Cicerón*, X.

con el fin de apoyar desde aquellas provincias el movimiento. Craso sería designado dictador. Con el apoyo de Bocchus II y Bogud de Mauritania, el Africa quedaría vinculada a la dictadura de Craso. Los preparativos exigieron un aplazamiento del golpe de estado para el 5 de febrero. Cneo Pisón, enviado a España por gestiones de Craso, fué asesinado. Cneo llevaba a las provincias españolas la dignidad de *quaestor pro pretore*, es decir, cuestor con atribuciones de pretor. Salustio sugiere que el asesinato de Cneo Pisón pudo haber sido producto de la malevolencia indígena, o atentado del partido pompeyano, interesado en eliminar un agente de Craso. El texto parece matizar como más probable esta última hipótesis, al subrayar que nunca los hispanos —sometidos con anterioridad a pruebas crueles— habían cometido semejante crimen (48).

Al fallar tan importante factor la conspiración no llegó a realizarse, por falta de apoyo militar en las provincias. Se detuvieron las gestiones en Africa. El golpe de mano en Roma, por sí solo, carecía de perspectivas ante las fuerzas de que disponía Pompeyo.

Las fuentes dejan traslucir que Craso sería la principal figura de la conspiración. Salustio dice sencillamente *coniuravere pauci contra rem publicam* (49), sin indicar el papel de cada uno. No obstante se deduce de su relato que la máxima actividad, la preparación directa y la organización pesaban sobre Catilina.

A mediados del año 64 se han producido cambios importantes. César hacía su propia política. El horizonte de Catilina se había agigantado en la masa popular; pero los cuadros directivos perdían colaboraciones de gran importancia.

Obsesionaba a los catilinaris la marcha de las guerras pompeyanas en el Oriente. El prestigio de Pompeyo y su adhesión al régimen senatorial constituían un serio obstáculo para toda conjuración, cualquiera que fuere su jefe. Tratábase, pues, de ganar tiempo. A finales de mayo o principios de junio —*circiter kalendas Iunias*— reúne Ca-

(48) La primera conjuración se apoyaba en el malestar económico general, en núcleos de ex-combatientes silanos y en la ausencia de Pompeyo (Salustio, XVI, 4-5). Sobre Cneo Pisón, *Sal.*, XVIII, 4 y Suetonio, *César*, IX. Cneo Pisón, según Suetonio, promovería movimientos simultáneos.

(49) Plutarco (*Craso*, XIII) recoge los rumores que complicaban a Craso. Y añade que "Craso miró siempre con odio a Cicerón" por haberse hecho eco de aquellos rumores. En el mismo sentido, Suetonio (*César*, IX), y Salustio (XVII, 7). Por lo que hace a César, la biografía de Suetonio es muy expresiva (cf. IX, XIV, XVII). La defensa de los catilinaris pu-

do haberle costado la vida. Fué acusado concretamente de haber conspirado con Catilina. Plutarco (*César*, XXIII-XXIV) relata el violentísimo incidente entre César y Catón. Salustio guarda silencio. Su capítulo XLIX contiene una verdadera y sospechosa exculpación de César. Cf. E. T. SALMON, *Catilina, Crassus and Caesar*, en *American Journal of Philology*, 1935, 302. También el importante libro de AMATO, *La rivolta di Catilina* (Messina, 1934), y el estudio de E. DE STERNW, *Catilina und die Parteikämpfe in Rom der Jahre, 66-63*, Dorpat, 1883, R. WIRTZ, *Beiträge zur catilinarischen Verschwörung*, Bonn, 1910.

tilina a sus principales amigos y colaboradores, ante quienes pronuncia un discurso que en síntesis nos trasmite Salustio, comunicándoles además las líneas generales de sus planes.

La táctica será ahora distinta. Catilina irá con Cayo Antonio Híbrida al consulado. Desde tan alta magistratura, y con fuertes apoyos itálicos y provinciales, se iniciará la toma del poder. Se impone, pues, una nueva espera mientras continúa la recluta de adeptos y se refuerzan los cuadros directivos.

El desenlace de estos planes es bien conocido. Cicerón obtiene confidencias, soborna a Cayo Antonio y Catilina no logra la dignidad consular. Son elegidos Cicerón y Cayo Antonio, que de compañero de conspiración pasa a ser un nuevo enemigo, más temible aun desde el consulado. Se reduplica la ofensiva senatorial. El círculo hostil y vigilante se estrecha en torno a Catilina, a medida que se amplifica el ambiente de simpatía popular.

A partir de estos hechos se precipitan los acontecimientos. Craso—complicado en la conjuración— toma actitud plenamente hostil al movimiento. Julio César se mantiene en un alejamiento digno. Cicerón inicia sus catilinarías apremiantes, creando un clima de nerviosismo y pasión en el Senado.

En estas circunstancias extremas dispone Catilina su plan definitivo de asalto al poder, ganando tiempo a Cicerón y anticipándose al regreso de Pompeyo. A pesar de las defecciones —Craso entre ellas— dispone aún de núcleos adictos y valiosos partidarios. Cuenta con ilimitadas simpatías populares.

Cayo Manlio, viejo y experto soldado de Sila, organiza las fuerzas de Faesulae y Etruria, mientras Catilina se ocupa de preparar el levantamiento en la capital. Otros catilinaríos arman extensos grupos en diversas regiones de Italia: Capua, el Piceno, la Apulia.

Catilina permaneció en Roma hasta el último momento. A su salida para ponerse al frente de las fuerzas de Faesulae quedaron Léntulo y Cethego como dirigentes del alzamiento en la ciudad.

Sabemos por la arenga militar de Catilina en Pistoya que la ineptitud de Léntulo —*socordia atque ignavia Lentuli*— influyó gravemente en el fracaso de Roma. Al mismo tiempo que Léntulo vacilaba, Cicerón y el Senado obraban con rapidez. Los catilinaríos dirigentes en Roma son detenidos. Catón impuso el más duro criterio y Cicerón se apresuró a aplicar las penas. Léntulo, Cethego, Statilio, Gabinio y Cepario fueron asesinados en el *Tullianum*, a pesar de la generosa y elegante defensa de Julio César. Cicerón tendría que afrontar más adelante humillaciones y desprecios por la enorme ilegalidad cometida.

Liquidada la conjuración en Roma, sólo quedaba a los catilina-

rios dar la última batalla. En rigor ya no se combatía por la victoria, sino por el honor. Salustio nos trasmite una arenga vibrante, sin duda muy cercana a la que en realidad pronunció Catilina y que sería conocida por muchos conductos. Pero nos trasmite, sobre todo su asombrado testimonio ante el heroísmo del pequeño ejército, la incomparable moral de los catilinaros y la virtud de su jefe, en la batalla de Pistoya (enero del 62).

Todos de cara al adversario, ni un ciudadano prisionero. Catilina alejado de sus propias filas, moribundo entre las del enemigo. Pocas veces se han hecho tales honores a un ejército vencido, ni se ha trazado más heroica semblanza de un jefe.

Al margen de toda consideración histórica, dando vía libre a una espontánea curiosidad, podríamos preguntarnos: ¿qué ocurría en el alma de Salustio al escribir semejante final? ¿Por qué transmitió la última arenga de Catilina, su espléndido discurso a los conjurados, la carta conmovedora a Aurelia Orestila? Esas piezas vivientes invalidan el clima de oscura bajeza en que coloca a su personaje. Los propios elogios de Salustio —incondicionales y entusiastas— a la conducta militar de Catilina y sus amigos plantean un grave reparo a los juicios que previamente ha vertido sobre ellos.

Pudo haber en Salustio un resto de honestidad como historiador, o el íntimo pudor de no ofender por completo a la verdad. Pero —aun cuando ésta sea una cuestión del todo ajena a la investigación y la historia— en un orden estrictamente psicológico nos preguntaremos siempre ¿por qué no llegó Salustio hasta el final en su descripción infamante de Catilina? (50).

Por el contrario. Ha conservado una hermosísima carta, ha resumido dos arengas de excepcional elevación, ha dejado un testimonio favorable de ciertos rasgos morales, y finalmente atribuyó a Catilina una de las más bellas muertes que registra la historiografía mundial.

De todos los personajes que el año 65 destacaban en Roma y a los que anteriormente hemos hecho referencia, Catilina ha obtenido la mejor muerte, la más bella y la más deseable. Los demás han perecido sórdida o miserablemente: En un suicidio de compromiso, Marco Porcio Catón; entregado tras vergonzosa derrota, Marco Licinio

(50) Entre los varios estudios sobre la actitud de Salustio y su valoración como fuente histórica, destacamos: W. A. BAEHRENS, *Sallust als Historiker, Politiker und Tendenzschriftsteller*, Goetingen, 1926; E. BOLAFFI, *Sallustio e la sua fortuna nei secoli*, Roma, 1949; I. CALEVO, *Il problema de la tendenciosita di Sallustio*, Udina, 1940; DÜBL, *De Catilinae Sallustiani fontibus et fide*, Berna, 1872; H. FUNAIOLI, *Nuovi orientamenti della*

critica sallustiana, en *Studi di letteratura antica*, II, 1, Bolonia, 1947, págs. 45 sigs.; W. SCHUR, *Sallust als Historiker*, Stuttgart, Kohlhammer 1934; y J. VOGT, *Cicero una Sallust über die katilinarischen Verschwörung*, Frankfurt, 1938. Véase también el estudio que a este tema consagra D. José Manuel Pabón en su excelente ed. de Salustio, *De Conjurat. Catilinae*, Barcelona, Alma Mater, 1954, págs. IX-XXXIV.

Craso; ofreciendo el cuello a su verdugo, Marco Tulio Cicerón; vilmente asesinados, César y Pompeyo.

Correspondió a Catilina el privilegio de caer en pleno combate, rodeado de sus leales, defendiendo —con los enunciados propios de su tiempo— aspiraciones en realidad hondamente humanas, y principios en su más profundo sentido universales.

10. Problemas finales.

Toda la historiografía, antigua sobre Catilina se hace eco de las fuentes iniciales. Recoge, por tanto, su hostilidad y en lo esencial, abreviándolos, utiliza los mismos datos. El historiador moderno no puede repetir candorosamente una valoración histórica que viene inspirada en su misma raíz por implacable parcialidad. Tampoco puede, como reacción, soltar la fantasía y leer entre líneas lo que no ha dado jamás en la realidad. Queda así vacilante entre la ciega aceptación de una historiografía de partido, o el resbaladizo terreno de la conjetura. La ciega aceptación le llevará a considerar aquel movimiento como un putsch. La conjetura fantástica, a una idealización romántica. Ambos extremos son inadmisibles.

Salustio suministra pruebas más que suficientes de que en un determinado instante Catilina es el eje de todas las conspiraciones. El descontento ante el régimen senatorial se polariza hacia él. En mayor o menor medida, todos los grandes personajes de la época tienen algo que ver con Catilina. Han sido sus amigos o sus irreductibles enemigos. Le han combatido con buenas o con malas artes. Pero todos han encontrado en su camino al jefe revolucionario. César se apartó de él con dignidad; Craso villanamente; Cicerón concedió a su actuación una inmensa importancia política; Catón el Menor aplicó toda su energía al aplastamiento de los conjurados. Y omitimos aquí otras muchas figuras de menor cuantía. El hecho es que Catilina está en el cruce de todos los caminos durante aquellos años críticos para la historia de Roma.

Tampoco se le puede negar una inmensa resonancia popular. Con harta elocuencia la confiesan las fuentes hostiles, hecha abstracción de la forma en que la expliquen o interpreten. El inmenso peligro que Catilina representó para Roma, peligro que estremecía la palabra de Cicerón y la pluma de Salustio, no fué ciertamente el del incendio y la mera destrucción vindicativa. Sobran razones para suponer que el triunfo de Catilina habría sido abundante en proscripciones. La represión catilinaria se habría asemejado a la de Mario o Sila. Pero el *peligro* a que aluden Cicerón y Salustio, inspirando todo el inmenso clamor de la posterior historiografía, era sin duda alguna el pro-

grama de transformación social aportado por Catilina. Transformación que afectaba al régimen de propiedad agraria, a los latifundios, a las ganancias de la clase de los caballeros, a la restricción de la ciudadanía. En modo alguno podemos concebir a Catilina como un jefe "socialista". Aplicarle semejante denominación —como alguna vez se ha hecho— constituye un grave anacronismo. Pero es evidente que incorporaba, rebasándolos, todos los programas anteriores, desde los Gracos hasta Lépido, en cuanto a la valoración de la pequeña propiedad, el reparto de lotes, la cancelación de las deudas y la extensión del derecho de ciudadanía. Un programa *social e itálico* de tremenda significación subversiva para el régimen que Pompeyo y el Senado representaban.

Sin embargo, Catilina —asistido por el pueblo y la juventud— era la cabeza visible del partido popular, o más exactamente, de una coalición popular, en torno a los años 60-64. Ausente Pompeyo, él constituía el centro de la oposición y el eje de la vida política romana. Su programa era demasiado radical para los propios populares, para César o Craso. Esta diferencia política les alejó de Catilina. A César, desde febrero del 65; a Craso, el año 63. El cerco senatorial produjo nuevas deserciones. Catilina se mantuvo fiel a su postura, con la misma tenacidad de Cayo Graco o de Livio Druso. Un documento íntimo del propio Catilina lo proclama así: *publicam miserorum causam pro mea consuetudine suscepi*. Otros jefes revolucionarios de la antigüedad dieron análogos ejemplos. No obstante, no hay que ver en Catilina un idealista utópico. Sus proyectos están perfectamente enfocados, y no pierde el contacto con la realidad. En la primera conjuración —de la que se dice que Craso era el jefe, pero Catilina era el alma— cuenta con la ausencia de Pompeyo, el fervor popular, el descontento general, apoyos en España y Africa: factores todos de gran importancia. En la segunda, con núcleos importantes dentro y fuera de Roma, y con una técnica insurreccional que no nos revelan las fuentes. Es cómodo decretar *a posteriori* que Catilina no podía triunfar. Probablemente estuvo muy cerca del triunfo. Una serie de circunstancias desfavorables determinaron su fracaso. Esa cadena de sucesos adversos e imprevisibles va desde la muerte de Cneo Pisón hasta las vacilaciones de Léntulo, pasando por la traición de Cayo Antonio.

Ni un malvado, ni un idealista utópico. Simplemente un jefe seguro de sus objetivos, y capaz de toda alianza que no implique una deslealtad a su propio programa. El radicalismo consecuente de Catilina no sólo *asustó* al Senado, sino a algunos jefes populares más moderados. El mantenerse en sus posiciones —*publica causa miserorum*— no era precisamente incapacidad política, sino lealtad a sus

principios y sus partidarios. Tal vez, también, sentido de la autoridad y dotación de verdadero jefe. Contra Salustio y los restantes escritores, Catilina aparece como un buen jefe y un buen camarada, fiel a su propia fórmula, general y soldado al mismo tiempo: *Vel imperatore vel milite me utimine.*

Por lo demás, era lógico que la historiografía posterior grecorromana siguiese ciegamente a Cicerón y Salustio. Apenas había otros medios informativos. La condenación de Catilina justificaba al partido del Senado y a los pompeyanos. Catilina hubiera significado el hundimiento de Roma. Los conservadores habían salvado a la patria. La escasa literatura de inspiración popular no tenía interés en reivindicarle. Por otra parte aquellos *populares* del año 65 habían sido rebasados por los catilinarios. Julio César guardó personalmente un silencio elegante y respetuoso. Por otra parte, después de su muerte triunfó la solución del *principado* sobre las tesis cesáreas. La gran obra de reforma social acometida por César fué lentamente anulándose a partir de Octavio. El Imperio cayó —desde el punto de vista social— en manos de aquellos a quienes Catilina y el propio César habían combatido.

La historiografía oficial, inspirada en su mayor parte por un estoicismo rígido y anquilosado, conciliaba su servicio al Imperio con el culto convencional a la antigua república, a las viejas virtudes, a los prohombres como Catón. Era, en definitiva, una literatura inspirada por las ideas e intereses que había combatido Catilina. Del juicio adverso de esa literatura no se salvó ni siquiera Julio César, objeto de una condicionada admiración y constantes condenaciones políticas.

Una conjetura rebosante de posibilidades es la que pone en conexión el nombre de Catilina con la obra de César. Ciertamente en el vasto programa social que César puso en marcha hay mucho de la tradición tribunicia y popular. Estas realizaciones se justifican en César por su vinculación al partido de Mario. Pero la más reciente experiencia, el más vivo contacto con aquella tradición revolucionaria era precisamente su trato con Lucio Sergio Catilina.

11. *Fama póstuma.*

En el mundo moderno la inmensa mayoría de los historiadores aceptaron el Catilina de Cicerón y Salustio. Un pensador de la profunda mirada histórica de Spengler lo caracteriza como conductor del hampa al mando de huestes abisales: "Por instinto pertenecen a esta hez gentes de todas las clases y grupos, aldeanos desarraigados, literatos, hombres de negocios arruinados y —sobre todo— no

bles decaídos y desviados, como nos lo muestra con tremenda claridad la época de Catilina” (51). En rigor en la morfología histórica de Spengler armoniza perfectamente esta interpretación del político romano; pero la verdad histórica no depende de las construcciones *a priori*, por geniales que éstas sean.

Y uno de los mejores historiadores contemporáneos de Roma, Carcopino, resume el movimiento catilinario del siguiente modo: “Los modernos se han ingeniado, distinguiendo las diferentes categorías enumeradas por Cicerón, en definir el programa en el nombre del cual Catilina predicaba el asalto a la república. Unos hablan de socialismo, otros de una especie de demagogía a la inversa, que expulsando la nueva nobleza de todos los puestos en que se había implantado, hubiese repuesto, sobre las espaldas del proletariado, la antigua aristocracia decaída. En verdad es hacer demasiado honor a su conjuración concederle en la historia romana un lugar proporcionado al que tienen justamente la obra maestra de *Salustio* y las *Catilinarias* en la literatura romana. No fué, en todo caso, aquella conjuración más que un sindicato de rencores y de voracidades, el ensayo de *putsch* de una *camorra* que por el asesinato y el robo generalizados, habría entregado el estado a las rapiñas de una pandilla incapaz de merecer el poder y de pasarse sin él”. (52).

Podríamos multiplicar los textos en este sentido. La casi totalidad de la historiografía moderna y contemporánea interpreta de parecida manera la figura de Catilina. Mommsen encabezaría la lista de los detractores ilustres.

En esta *fama póstuma* de Catilina, proyección fidelísima del ineluctable juicio de Salustio, hay escasas excepciones. Escasas, al menos, en relación con el conjunto. En el siglo XVIII un hombre de extraordinaria penetración, Voltaire, gran admirador de Cicerón, juzgaba duramente a Catilina, pero matizaba la acritud del juicio con algunas consideraciones muy precisas. “Esta conjuración —escri-

(51) O. SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1927, t. IV, pág. 205.

(52) CARCOPINO, *César*, París, Les Presses Univ., 1931, p. 639. Un juicio menos negativo en MISPOULET, *La vie parlementaire a Rome sous la république*, París, Fontemoing, 1899, pág. 143-231. Podemos considerar como clásicos en torno al tema de Catilina los siguientes trabajos: BESSER, *De conjuratione catilinaria*, Leipzig, 1881; BOISSIER, *La conjuration de Catilina*, París, 1901; BOISSIER, *Cicéron et ses amis*, París, 1865; CIACERI, *Cicerone e i suoi tempi*, Milán, 1926-30, 2 vols.; E. G. HARDY, *The Catilinarian conspiracy*, Oxford,

1924; T. R. HOLMES, *Three catilinarian dates*, en *Journal of Roman Studies*, VIII, 1918; C. JOHN, *Die Entstehungsgeschichte der catilinaren Verschwörung*, *Jahrbücher für klass. Philologie*, suppl. VIII, 1876; EDUARDO MEYER, *Caesar's Monarchie und das Prinzipat des Pompeius*, Stuttgart, Berlin, 1918; A. RABE, *Die Senatssitzung am 8 Nov. des Jahres 63 v. Christ und die Entstehung der ersten Catilinaren Rede Ciceros*, *Klio*, XXIII, 1929; T. REINACH, *Catulus ou Catilina*, - *Rev. des Etudes Grecques*, XVII, 1904; THIANCOURT, *Etude sur la conjuration de Catilina*, París, Hachette, 1887.

bía— fué preciso terminarla con una batalla tan sangrienta, que no ofrece la historia ejemplo de semejante carnicería, ni de valor tan intrépido. Los soldados de Catilina, después de matar a la mitad del ejército de Petreyo, murieron todos uno tras otro, y Catilina expiró lleno de heridas, sobre un montón de cadáveres que se encontraron todos con el rostro vuelto hacia el enemigo. No fué un complot fácil de desconcertar. César, que lo favoreció, aprendió en él a conspirar un día con mejor éxito contra su patria”. (53).

Es muy justa —contra el tono general de condenación— la apreciación de Voltaire acerca del valor de Catilina. También muy exacta y precisa su opinión sobre el posible influjo de Catilina en César. El mismo Voltaire, en su tragedia *Rome sauvée*, revela una comprensión fina del personaje al atribuirle estas palabras:

Souffriras—tu longtemps tous ces rois fastueux,
cet heureux Lucullus, brigand voluptueux,
fatigué de sa gloire, énervé de mollesse;
un Crassus étonné de sa propre richesse,
dont l'opulence avide, osant nous insulter,
asservirait l'Etat, s'il daignait l'acheter?
Ah! de quelque coté que tu jettes la vue,
vois Rome turbulente, ou Rome corrompue;
vois ces laches vainqueurs, en proie aux factions,
disputer, dévorer le sang des nations... (54).

O estas otras, no menos exactas en boca de César, refiriéndose a Catilina muerto:

Sur de morts entassés l'effroi de Rome expire.
Romain je le condamne, et soldat je l'admire.
J'aimai Catilina; mais vous voyez mon coeur:
Jugez si l'amitié l'emporte sur l'honneur. (55).

El acierto psicológico de algunos parlamentos, y la dignidad con que Voltaire trata la figura de Catilina suponen una excepción en la estimativa de su época.

Más lejos fué el genio crítico de Napoleón. En el *Memorial de Santa Elena*, el conde Las Cases escribe: “Hoy el Emperador leía, en la historia romana, la conjuración de Catilina, y no lograba com-

(53) VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, I, Barcelona, Gassó (s. a.), art. *Cicerón*, p. 387.

1857, págs. 508.

(55) *Idem*, pág. 542.

(54) VOLTAIRE, *Theatre*, Paris, Didot,

prenderla tal como aparece trazada...". Y transcribe después este brillante juicio: "Por malvado que fuese Catilina, dijo, debía tener algún objeto. No podía ser el de gobernar en Roma, puesto que pensaba prenderle fuego por los cuatro costados". Napoleón, nos cuenta Las Cases, glosaba después esta ironía: "El Emperador juzgaba que debía tratarse más bien de alguna facción, al modo de las de Mario y Sila, la cual habiendo fracasado, quería acumular sobre su jefe todas las acusaciones triviales de que se las colma en semejantes casos".

No iba descaminado Napoleón, y en el fondo lo que en realidad ocurrió no se distancia mucho de su pensamiento. Concluye Las Cases: "Alguien hizo notar al Emperador que eso le hubiese ocurrido a él mismo de fracasar en vendimiario, en fructidor o en brumario antes de haber alumbrado con tan gran brillo un horizonte limpio de nubes" (56).

Otro notable caso de comprensión ante Catilina fué el de Ibsen. De acuerdo con la significación de Catilina el gran dramaturgo tuvo una intuición genial sobre su carácter y su destino histórico en plena adolescencia. Una vez más, la juventud en torno a Catilina. Nos presenta un carácter atormentado, introvertido y trágico. Es —quizá— una visión demasiado nórdica, y su Catilina se parece más a Oswald o a Brand que a un romano de la época de César. Pero la obra, escrita a los veinte años, rebosante de poesía, publicada en 1850, es todo un reto a las ideas de su tiempo y contiene geniales vislumbres sobre el personaje.

He aquí cómo Ibsen entiende el *causam publicam miserorum suscepi*:

"Soy aquel cuyo corazón no alienta sino por la libertad, el enemigo declarado de toda injusticia, el amigo de los débiles y los oprimidos; soy, en fin, el hombre que se agota en ansias de derribar a los poderosos de hoy" (57).

Y la exacta versión dramática de la arenga final:

"¡Gracias, gracias, bravos hermanos de armas! No esperéis poder elegir entre la vida y la muerte. Sólo podéis optar entre la muerte honrosa, peleando contra un enemigo incomparablemente superior, o la muerte vil y medrosa de la huida, perseguidos como fieras. ¿Qué escogéis: Huir y vivir mísera existencia unos pocos días más, o bien practicando el mismo heroísmo de nuestros antepasados, perecer en la lucha con las armas en la mano?" (58).

(56) LAS CASES, *Memorial*, 21 de marzo de 1816 (ed. española de Barcelona, Iberia 1944, t. I, pág. 416).

(57) IBSEN, *Catilina* (ed. Aguilar, *Teatro completo*, 1952, pág. 155).

(58) *Idem*, 187.

También percibe Ibsen el contraste entre la vida de su héroe y el eco de la posteridad. Dice Catilina, animando a los suyos:

“¡Adelante! Así la muerte nos dará la inmortalidad. En la derrota serán recordados nuestros nombres con respeto durante siglos y siglos...”

Y un personaje comenta:

“O con horror...” (59).

Renunciamos a multiplicar las citas de historiadores o poetas. La lista sería larga, si bien en proporción insignificante. No faltaron en España escritores favorables a Catilina. Vale la pena reproducir, a este respecto, una hermosa página de Emilio Castelar:

“Lo que en realidad crecía en las entrañas de la república era la idea que parecía ahogada con los Gracos, la idea social, que indudablemente perseguida y anonadada en la esfera de la ley, había tomado un aspecto formidable y espantoso, el aspecto de una tremenda revolución.

“Esta idea social estaba representada por Catilina. Calumniado ha sido este hombre, y muy calumniada su idea: Examinemos el hombre y la idea sin embargo, a la clara luz de una crítica más alta. Revolución sin más objeto que trastornar la sociedad, se ha dicho por los vencedores. No es cierto, Catilina quería volver sus propiedades a los aristócratas despojados por Mario, a los demócratas despojados por Sila, a los mismos veteranos de Sila despojados por Pompeyo, y ésta era su idea social; quería conceder verdaderamente, sin ambages ni distinciones, el derecho de ciudadanía a los pueblos italianos, derecho que se les había concedido en tiempo de Druso, pero que, merced a la política del Senado, había sido irrisorio e inútil, y esta era su idea política. Es verdad que su pobreza le llevó a contraer deudas, y es verdad también que las deudas lo precipitaron en la infamia. ¿Pero tiene derecho a echarle esto en cara su historiador Sallustio, que tomó un gobierno y partióse a una provincia, la saqueó de una manera vergonzosa e inaudita, y luego se volvió a Roma a plantar orientales jardines y a construir magníficos palacios? Catilina, aunque de origen etrusco y senador, no varió nunca de opiniones, en lo cual aventajaba mucho a su incierto y tornadizo enemigo Cicerón. Pero como después de aquellas cruentas guerras pedía un poco de pan para los pobres ciudadanos hambrientos, aglomerados en aquellas casas de siete pisos, donde se respiraba aire mefítico, y se vivía vida triste y enojosa; los aristócratas, los caballeros, los usureros, le pintaban en conciliábulos secretos dispuesto a quemar por sus cuatro costados a Roma, bebiendo sangre todas las noches, matando algu-

(59) *Loc. cit.*

nos hombres para no perder la crueldad, negros colores que el mismo Cicerón dice en una carta a su amigo Tito Pomponio Atico, que él usaba para hacer más tristes, más sombríos, más vistosos sus cuadros. Tenía Catilina extraña audacia, gran valor, constancia a toda prueba, una facundia inagotable, un amor a sus amigos extremado; y su muerte, en medio de la pelea, casi sin gentes, habiendo roto las haces de sus enemigos y caído en el suelo de espaldas, con una profunda herida en el pecho y otra en la frente, empuñando fuertemente su espada y dejando aún entrever en sus ojos el último fuego de su rabia, prueba que había abrazado con fe aquella su causa y que supo sostenerla con indecible heroísmo.

“La república se creía sana y salva después de la muerte de Catilina. Nunca se había encontrado más enferma”. (60).

Otro español, prodigio de humanidad, humorismo y buen sentido, don Pío Baroja, escribía:

“Todos estos historiadores romanos son, sin duda, gente admirable, pero dan una impresión sospechosa; se siente al leerlos que no siempre dicen la verdad entera; leyendo a Salustio a mí me queda la idea de que miente, de que ha compuesto su narración como una novela... ¿Cómo es posible que Catilina arrastrara a los hombres más brillantes de la sociedad romana, entre ellos a Julio César, sin más objeto ni más plan que incendiar Roma o robar? Esto no es lógico. Se ve que Salustio miente, como un escritor gubernamental miente hoy hablando de Lerroux o de Ferrer, como los republicanos de Thiers mienten en 1871 hablando de los comunistas de París” (61).

También supo situarse con personalidad e inteligencia ante Catilina el fino escritor y erudito Sánchez Rivero, ingenio próspero y liberal.

Atribuye el fracaso de Catilina al hecho de no tener historia militar, afirmación que no es totalmente exacta. Acierta, sin duda, en la apreciación psicológica y moral: “Catilina, con sus formidables condiciones personales, entre las cuales se contaba la elocuencia —la elocuencia en la Roma de Cicerón— también fracasó porque no pudo tener éxitos militares. El conjunto de cualidades de Catilina es el que más se aproxima al de César...” Sánchez Rivero procura matizar la actitud de César: “Su posición en la conjura de Catilina fué de lo más equívoco. Sentía toda la ambigüedad azarosa de la situación, y no era hombre para aprobar el esquematismo puritano de Catón, ni para unirse sin reserva al atolondramiento de los conjurados. Sabía que todo podía acometerse, pero que la oportunidad no podía forzarse”.

(60) EMILIO CASTELAR, *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, Madrid, Gómez Marín, 1858, t. I, págs. 84-86.

(61) PIO BAROJA, *Juventud, Egotría*, Madrid, Espasa, 1935, pág. 91.

Son bastante aproximadas estas apreciaciones, aunque algún concepto —el de “atolondramiento de los conjurados”— es erróneo. Más exacta es su afirmación de que “la conjura de Catilina impresionó profundamente a César”. Otros juicios de Sánchez Rivero revelan ingenio y vivacidad. Por ejemplo, cuando proclama la afinidad entre Catilina y las *Réflexions sur la violence*. En conjunto, su ensayo es sumamente estimable (62).

Por último, muy recientemente, un joven escritor publicó un libro emotivo y vibrante, lleno de aciertos literarios y con algunas interpretaciones muy precisas. Este libro —el *Catilina*, de Angel María Pascual— está impregnado de una verdadera pasión catilinaria, a la vez inteligente e ingenua:

“Como no soy historiador, sino periodista, he escrito un libro tendencioso, subjetivo y apasionado... Así ha brotado día tras día la historia total e inédita de una gran desilusión. El valor de Catilina arranca precisamente de que su tiempo aparece en todos los tiempos donde surja, legítima y noble, la figura del Rebelde...” De esta manera Catilina viene a simbolizar, en su más alto estilo, la rebeldía humana ante la injusticia. El y sus partidarios —en Roma y en la historia universal— son para Angel María Pascual una vanguardia del espíritu humano, magnífica en la pureza absoluta de su sacrificio: “Los catilenarios de todas las épocas arrebatan de pronto, brillan fugazmente, conmueven un orden cansado, y mueren en una gesta inútil... El tiempo cubre después las lápidas de maldiciones y de tinieblas; pero nunca es tarde para dejar una rosa nocturna sobre las cenizas del héroe” (63).

En veinte siglos no son muchas las excepciones ante la general condenación de Catilina. Hemos citado, como muestra, algunas escogidas al azar. Los autores que adoptan ante Catilina una posición personal, de revisión y ecuanimidad, obedecen a distintos estímulos. Unos por sentido crítico; otros por solidaridad afectiva con una figura de destinos trágicos, unánimemente execrada. En un tercer grupo, actúa también la pasión política. Tratan de salvar un símbolo, enriquecer un martirologio o prestigiar una postura ideológica.

De un modo o de otro, la historiografía del porvenir verá los problemas con una actitud más exigente y serena. A la exégesis filológica añadirá una exégesis histórica y social más rigurosa que la aplicada por la complaciente aceptación de los viejos y enconados testimonios. Y los hombres del futuro tendrán una idea más justa de aquel irreductible conductor de masas.

(62) Cf. ANGEL SANCHEZ RIVERO, *Réflexiones políticas*, Madrid, Galo Sáez, 1934, págs. 125-131.

(63) ANGEL MARIA PASCUAL, *Catilina. Una ficha política*. Madrid. Afr. Aguado, 1948, págs. 16 y 199.